

de pretexto á la irrisión, y se desarrollaban en los ánimos unas tendencias irreligiosas que no podían ocultarse á la malignidad de Voltaire.

Desde su viaje á Inglaterra, dice Condorcet (1), se sintió llamado á destruir las preocupaciones de toda especie de que su país era esclavo. Conoció que era posible conseguir su objeto, usando tan pronto de audacia como de astucia, y atemperándose á las circunstancias, aprovechándose de ellas, ó promovéndolas, poniendo en juego unas veces la astucia, otras los razonamientos, las jocosidades, la magia de los versos y los efectos del teatro; presentando, en fin, la razón bastante sencilla para que fuese popular, bastante amable para no asustar á la frivolidad, y bastante picante para que fuese de moda. Este gran proyecto inflamó el alma de Voltaire y dió alientos á su valor: juró consagrar á él toda su vida, y cumplió su palabra. El objeto mismo de este panegirico no hacia misterio alguno de sus miras, ni de los medios que se proponía emplear; pues leemos en su *Correspondencia* que, habiéndole dicho cierto empleado de policía llamado Herault, que por mas que hiciese no destruiría la Religión cristiana, Voltaire contestó: *Eso lo veremos*. Lleno de celo por cumplir su abominable propósito, imprimió á la tragedia de *Bruto*, primer resultado de su viaje á Inglaterra, y á la de la *Muerte de César*, aquella exaltación republicana, aquel entusiasmo de libertad, que convirtieron estas dos composiciones en dos evidentes manifiestos contra las monarquías, por cuya razón el gobierno no quiso conceder permiso para que se imprimieran. No por eso las ideas consignadas en aquellas tragedias dejaron de esparcirse por toda la Francia, donde armaron tantos brazos para preparar el triunfo de la revolución y de la impiedad. El enemigo de las preocupaciones

(1) *Vida de Voltaire*, 302-102. y. 2. T. (1)

de toda especie, como dice Condorcet, había visto en Inglaterra á una cómica honrada con una tumba en la iglesia de Westminster, y á su vista en su propio país se rehusaba sepultura eclesiástica á la actriz Le Couvreur, que había contribuido al buen éxito de sus tragedias, y con la cual se dice había estado unido con relaciones torpes. Voltaire no comprendió que como los cómicos no tenían costumbre de solicitar las oraciones de la Iglesia, era natural que esta no concediese sus sufragios á personas que, estando notoriamente escluidas de su gremio, no habían dado paso alguno para volver á ingresar en él. Indignado, por tanto, de lo que él llamaba ingratitud y superstición de sus compatriotas, alabó á la Inglaterra, como *único país en que los hombres se atrevían á pensar, como tierra feliz de la que habían sido espulsados á un mismo tiempo las preocupaciones y los tiranos*. Estas insolentes expresiones le pusieron en la necesidad de ocultarse por algun tiempo; y de él se aprovechó para dar á luz sus *Cartas filosóficas*, ó sean *Cartas acerca de los Ingleses*, que ahora están refundidas con diferentes títulos en el *Diccionario filosófico*. Estas cartas, en las que aquel funesto escritor con la naturalidad y la gracia picante de su estilo tocaba ligeramente casi todos los ramos de que se compone el dominio de la humana inteligencia, teología, metafísica, historia, literatura, ciencias, costumbres y bellas artes, no eran en cuanto á estas materias mas que una especie de rápido análisis de las opiniones de los *libres pensadores* de Inglaterra, con quienes había vivido, y cuyas obras había estudiado durante su primera emigración: opiniones que representaban todos los matices de las ideas anti-religiosas producidas por el protestantismo, y Voltaire las ofrecía á su país como el resultado de su permanencia en el pueblo mas sábio, mas libre y mas feliz de todos los de la tierra. Así es como bajo el pretexto aparente de dar á conocer á la Francia el estado de las ciencias, le-

tras y costumbres de sus vecinos de ultramar, podía proseguir realizando el proyecto á que había consagrado su vida, popularizando la libertad de pensar que había encontrado en los escritos de los deistas ingleses. Si se complace en ridiculizar las costumbres religiosas y al clero católico, en cambio no encuentra bastantes elogios para los cuáqueros. Poco instruido del estado de la legislación de Inglaterra por lo tocante á los ortodoxos, ó insensible á las vejaciones que los abrumaban, celebra que *un inglés, como hombre libre*, pueda ir al cielo por el camino que mas le plazca. Triunfando de un error de Locke, que había dicho que acaso no seremos jamás capaces de conocer si un ser puramente material piensa ó no piensa, Voltaire admite, no como una proposición problemática sino como un principio incontestable, que puede atribuirse á la materia la facultad de pensar, y aun quiere suponer que varios Padres de la Iglesia han creído que Dios, los ángeles y el alma humana son corpóreos. No cree que sea posible demostrar la inmortalidad del alma. Atacando en su vigésima quinta *Carta*, con el arma del sofisma y del sarcasmo, los *Pensamientos de Pascal sobre la Religión*, conmueve á su vez las bases del cristianismo, y niega los milagros, las profecías y hasta el fondo mismo de la Religión, aparentando que no combate mas que las pruebas de poco ó ningun valor. El ministerio público, como no acostumbrado aún á semejante desenfreno, no pudo permanecer en silencio. Gilberto de Voisins, pintó en su informe las *Cartas filosóficas* como una obra muy perniciosa, unas veces por su afectado escepticismo, otras por una crítica amarga, y en muchos pasajes por sus bufonadas fuera de lugar: en vista de esto, el Parlamento de París, por decreto de 10 de junio de 1734, condenó este libro á las llamas, mandando que se procediera contra el autor; y finalmente, se espidió una orden desterrándole á Auxonne. Entonces fue cuando Voltaire, poniendo en juego una de aquellas temerarias he-

gativas que acostumbraba, afirmó que no había tenido parte alguna en la redacción de las *Cartas filosóficas*; y cuando por medio de semejante embuste creyó haberse librado de lo que él llamaba persecución, el indiscreto autor publicó algunos otros escritos no menos licenciosos. La *Epístola á Urania*, que no había circulado aun mas que manuscrita, se imprimió bajo el nombre del abate de Chaulieu; disfraz al cual el *enemigo mortal de la hipocresía* no tenía reparo en acudir cuando así le parecía conveniente. En 1736 salió á luz el *Mundano*, juguete de imaginación indigno de un hombre de bien, pues sabido es que los hombres de bien y religiosos no pueden menos de reprobear una moral tan cómoda. La animadversión de la autoridad tuvo que volver á estallar mas vivamente contra Voltaire, por lo cual este se vió nuevamente precisado á esconderse, y en seguida á desdecirse de lo que había escrito para evitar otra proscripción. Conociendo entonces que su momento no había llegado aun, tomó el partido de retirarse á madurar sus detestables proyectos. Pasó pues á Cirey, cerca de la marquesa de Chatelet, mujer que no valía mas que él, y allí estableció el taller de sus maquinaciones, aparentando ocuparse únicamente de literatura; pero trabajando realmente en establecer las bases de aquella correspondencia tan estensa, tan prodigiosamente activa, que mas que otra cosa alguna sirvió para dar un centro común á todos los fautores de la incredulidad, dando verdadera consistencia á su partido (1). Allí, en los intervalos que le dejaban sus demás producciones, compuso Voltaire un poema que traía entre manos desde 1730 y que se abstuvo mucho tiempo en publicar, presintiendo acaso el daño que aquel escandaloso tejido de impiedad y libertinaje podía causar á su gloria, y adivinando que cuantas personas hicie-

(1) *Cuadro de París*, t. 4, part. 2, p. 231. (1)

ran algun caso de la moral no podrian menos de cubrirle de oprobio.

El partido filosófico, de simple auxiliar que era en la lucha anárquica de los jansenistas y del parlamento contra un despotismo sin fuerza y sin habilidad, llegó mas rápidamente que lo que el mismo hubiera podido figurarse, a desempeñar un papel preponderante (1). Sin embargo, aun siguió largo tiempo ocultándose entre la sombra, no lanzando sino alguna vez que otra sus siniestros resplandores y sus dardos envenenados: de manera, que desde la aparición de las *Cartas persianas* de Montesquieu hasta la mitad del siglo XVIII, no publicó esta obra alguna capaz de escitar poderosamente la atención del público, sino las *Cartas filosóficas* de Voltaire.

No es esto decir que no se hubiesen publicado algunos libros mas atrevidos aun que dichas *Cartas*, sino que no presentaban en el mismo grado que ellas la señal de un funesto talento. En las *Princesas malabares* o el *Celibato filosófico*, Pedro de Longue, autor de esta enojosa obra, desprovisto de imaginación y de gracia, propende manifestamente al jansenismo: afaba las *Reflexiones* y las *Apologías* del P. Quesnel, las *Hexaplas*, y el *Testimonio de la verdad*, ponderándolas como obras dignas del fervor de los Apóstoles y suscitadas por Dios para la conservación de la santa doctrina. Mas poco le valia á este autor para ocultar su designio el disfraz de jansenista y el protestar que habia nacido en la Religión cristiana y que todo su delito consistía en haber intentado atacar á una corporación poderosa; pues ciertos pasajes de su obra revelaban manifestamente su incredulidad. «La razon, decia, no me ha dejado contraer hasta el presente lazos con ninguna religion, sea la que fuere.» En otro pasaje se espresaba de este modo:

(1) *Cuadro de Paris*, p. 229.

«El partido de los deistas jamás perecerá. Lisonjéome de que él será nuestro consuelo en la vejez. Al fin el mundo se cansará de las religiones.» Y aun avanzaba mas en otro pasaje, diciendo; «Si la razon tuviese fuerzas ahogaria con su propia mano todas las religiones... La empresa no es aun posible; los proyectos que meditamos no saldrán en mucho tiempo de mi biblioteca.» De Longue no se manifestaba menos hostil contra la autoridad del príncipe, y así el parlamento no vaciló en tomar severas medidas contra dicho libro en 1734.

El romano Pontífice, alarmado de los progresos de la irreligion, espidió un decreto en 28 de julio de 1742, contra otros escritos filosóficos. Eran estos las *Cartas sobre la religion esencial al hombre*, por Maria Huber, ginebrina y protestante, conocida por producciones dignas casi todas de la censura, y que falleció en Lyon en 13 de junio de 1753, á los cincuenta y nueve años de edad. Igual reprobación merecieron las *Cartas cabalísticas*, las *Cartas chinas* y las *Cartas judias*, escritas por el marqués de Argens, relacionado desde su juventud con Voltaire, y que despues de haber pasado treinta años en la corte y sociedad íntima de Federico II, rey de Prusia, tuvo al fin la dicha de morir en el seno de la Religión que tanto habia desconocido.

Maria Huber se limitaba al puro deísmo, no viendo en ninguna de las diversas religiones mas que un accesorio sin el cual podria pasarse. Sus *Cartas sobre la religion esencial al hombre*, obra larga y difusa, no estaban destinadas para dar mucho crédito á este sistema, que posteriormente ha sido presentado bajo formas mas peligrosas, porque eran mas seductoras. Esta muger impia (y obsérvese que la impiedad es horrible principalmente en una muger), dió una colección de documentos para que sirvieran de suplemento á sus *Cartas*, la cual es aun menos conocida que la obra principal. Maria Huber publicó tambien

el *Sistema de los antiguos y modernos sobre el estado de las almas separadas del cuerpo*, con una continuación del mismo libro, y ambas producciones fueron censuradas.

Voltaire elogiaba desmesuradamente al marqués de Argens en las cartas que le escribía: «Vos teneis, le decia, el espíritu de Bayle y el estilo de Montaigne.» A pesar de eso, en otras cartas daba á entender que estos cumplimientos y lisonjas prodigados al marqués tenían menos de sinceridad que de cortesanía. «Ese perillan, escribía del mismo, es libre, y eso ya es algo; mas por desgracia, esta buena cualidad, no estando acompañada de otras, se convierte en un vicio furioso.» El olvido en que han caído las indigestas producciones del jóven provenzal ha demostrado la exactitud de este juicio de Voltaire. Las *Cartas judias* son una supuesta correspondencia entre un judío que viaja por Europa y sus amigos. Hallándose dedicada esta obra á Don Quijote, Sancho-Panza y otros personajes de este jaez, puede muy bien decirse que es digna de sus patronos por las singulares extravagancias que contiene. D'Argens, imitando las *Cartas persianas* y al *Espia turco*, va mezclando con la sátira de las costumbres relaciones y anécdotas sobre la Religión y sus ministros, ridiculizándolos cuanto le es posible. Sin embargo, á pesar de los desbarros á que le arrebató la loca impetuosidad de su imaginación, á pesar de la sátira amarga é injusta que derrama á manos llenas sobre las cosas que mas habria debido respetar, está lejos de darse por ateo. Aun hay mas; este autor hace justicia del ateísmo. «Los hombres que niegan la existencia de la divinidad, dice (1), deben colocarse en dos distintas clases. La primera puede componerse de filósofos que se han extraviado en sus razonamientos... Han creído que tenían derecho de negar la existencia de

un Dios, porque no podían llegar á sondear su inmensa profundidad, como si nuestra ignorancia de las operaciones de un ser cualquiera nos diese derecho á negar su existencia. A cada paso vemos efectos y producciones en la naturaleza, cuyas causas nos son desconocidas..... La segunda clase de ateos es la mas numerosa. Compónese de una turba de libertinos y titulados *espíritus fuertes*, que se forman su creencia por el estudio ni la meditacion, sino por el desfreno de las costumbres. Entre estos son pocos los que en medio de sus estravíos no se sienten alguna vez inspirados hácia la verdad. De estos puede decirse que, para librarse de remordimientos, tienen que vivir con los ojos vendados; pues desde el momento que los abren, no ven por todas partes mas que la gloria del Todopoderoso... El temor, los remordimientos y la turbacion en que los mantiene su incertidumbre, son continuos vengadores del ultraje que en su corazón hacen á la Divinidad.» Las *Cartas cabalísticas* y las *Cartas chinas* están fundidas, digámoslo así, en el mismo molde que las *Cartas judias*; nótese en ellas igual desarreglo de imaginación, el mismo mal gusto y la misma prolijidad. El marqués D'Argens, escritor muy fecundo, pero sin criterio, escribió además otra obra intitulada *Filosofía del buen sentido*.

Sabathier de Castres (1) observa que hace mucho tiempo que se ha dicho que el espíritu humano podia enlazar ó juntar todas las contrariedades, y el marqués D'Argens ofrece una prueba evidente de ello; ¿quién creeria que este autor, que ha sido uno de los primeros apóstoles de la incredulidad, y que tanta burla hizo de lo que él llamaba superstición, fuese al mismo tiempo el hombre mas supersticioso? El menor presagio le llenaba de espanto. Si al salir de su casa por la mañana tropezaba

(1) *Édic. de 1754*, en 8 vol., en 12.º, t. 1, p. 322.

(1) *Los tres siglos de la literatura francesa*, t. 1 art. D'Argens.

con un objeto que le inspirase mal agüero, como un entierro, etc., se volvía lleno de pavor á su habitacion, llegando alguna vez al extremo de sentirse calenturiento. A vista de esto bien podemos exclamar: ¡Oh inexplicables humanos!

La asamblea del clero de 1745 habia, como ya lo hemos dicho, elevado al pie del trono doloridos y elocuentes clamores acerca de los progresos de la irreligion en Francia. En 1746, poco tiempo despues del advenimiento de la favorita, el partido filosófico principió á dar señales mas evidentes de existencia, á esparcir por el público escritos mas audaces, y á llamar mas frecuentemente la atencion de un parlamento que, sin saber lo que hacia, mandaba quemar por la mano del verdugo á un mismo tiempo los libros impíos y las Instrucciones pastorales de los obispos. Desde esta época hasta el año 1760 aparecieron sucesivamente y fueron sucesivamente denunciados el *Análisis* de Bayle, el *Tratado del alma* de La Mettrie, la *Tesis* del abate de Prades, *Cándido*, *Zadig*, el *Poema de la religion natural*, y algunas otras producciones de Voltaire, el libro del *Espiritu* de Helvecio, muchas obras de Diderot, un crecido número de otras composiciones, la mayor parte anónimas, y mas ó menos asquerosamente impregnadas de cinismo é impiedad; y por último la *Enciclopedia*, aquel enorme repertorio, tan astutamente concebido, de todos los sistemas del partido y de las paradojas sin cuento que el delirio de su razon sacaba á relucir. Estas obras fueron condenadas, y algunos de sus autores, los de posicion mas oscura, sufrieron la pena de destierro; pero los que gozaban de una existencia social mas ventajosa, á pesar de ser por esta misma razon mas peligrosos, pudieron librarse de la accion de los tribunales. Interin lograban se les dispensase proteccion, bastábales, para quedar impunes, presentar una hipócrita retractacion ó desdecirse impudicamente de lo que habian escrito. La

Enciclopedia fué tolerada, aun despues de haberse recogido por un decreto del Consejo la licencia dada para su publicacion, con lo que no se ganó mas que hacerle tomar un tono mas cinico y lleno de atrevimiento. La Facultad de Teología, que habia creído deber censurar el *Espiritu de las leyes* de Montesquieu y las paradojas de Buffon acerca de la formacion de la tierra, temiendo provocar un escándalo mayor y verse públicamente denostada por sus autores, tuvo que entrar en negociaciones con el tribunal y darse por satisfecha con las risibles esplicaciones del naturalista. De manera, que con este cambio recíproco de consideraciones y benevolencia, el partido filosófico continuaba aplaudiendo los escesos cada vez mayores de la magistratura contra el clero, alzando contra este sus alaridos juntamente con los discipulos de Jansenio (1). Fijemos la atencion en los principales rasgos y analicemos los elementos de este inconcebible desórden de la sociedad: desórden que dentro de pocos años veremos llegar á su colmo, es decir, mas allá de lo que nadie se hubiera podido imaginar.

El desenfreno no habia llegado aun hasta el punto en que lo colocó el médico La Mettrie, de quien el mismo Voltaire habla con desprecio, como de un loco que no escribia sino poseído de embriaguez, y no puede negársele á Voltaire competencia para juzgarle, pues lo habia conocido en Berlin, donde La Mettrie murió, dejando, segun dice Voltaire, una memoria execrable. La Mettrie profesó el materialismo mas grosero en su *Historia natural del alma*, que tambien se imprimió con el título de *Tratado del alma*. El alma, se dice en él, depende esencialmente de los órganos del cuerpo. *Ergo participem lethi quoque convenit esse.* Un decreto del parlamento de Paris, condenó en 7 de julio de 1746 la obra á las llamas, en vista de lo cual el autor emi-

(1) *Cuadro de Paris*, t. 4, p. 2, pág. 231-234.

gró á Holanda, y viendo que su libro iba tambien á ser en este pais pasto del fuego, pasó á Prusia donde se estableció. Aquí fué donde publicó la edicion completa de sus obras condenada por decreto de Clemente XIV el 1.º de marzo de 1770. En el discurso preliminar, La Mettrie se atreve á decir que *la filosofia es contraria á la moral y á la Religion*; que *la Religion y la moral son obra de la política*; que *los remordimientos son preocupaciones de la educacion*; que *el interés de la sociedad decide del bien y del mal moral*; que *el alma es material* etc. Los demas escritos de que se compone la coleccion son correspondientes á este principio. Y por ejemplo, en el *Sistema de Epicuro* se dice que *todo se ha creado por si mismo*; que *la materia á fuerza de agitarse ha llegado á tener ojos*.... Otros monstruosos desatinos de este jaez campean en su *Hombre máquina* y en su *Hombre planta*. Este insensato, ó mas bien dicho, este impío, pues La Mettrie escribia con toda seriedad, llegó á decir que *los hombres en su origen habian brotado sobre la tierra como los hongos, y que la tierra no los producía ya por la misma razon que una gallina vieja no pone huevos*.

La sentencia que condenó la *Historia natural del alma* á las llamas, recayó tambien sobre los *Pensamientos filosóficos*. No se sospechaba por de pronto que el autor de este último libro fuese Diderot, porque en su *Ensayo sobre el mérito y la virtud*, imitacion de Shaftesbury, no anunciaba opiniones tan decididas; pues efectivamente combatia en él contra el ateísmo, diciendo que era causa de que la probidad quedase sin apoyo, y que se abrieran insensiblemente las puertas á la depravacion, repitiendo varias veces que sin Religion no hay virtud posible. En vista de esto, los *Pensamientos filosóficos* fueron atribuidos á Voltaire por el tono de audacia que en ellos dominaba. Diderot se da en ellos por escéptico, y dice abiertamente que un escepticismo general es el primer paso hácia la verdad, y que

seria de desear que una duda general se entendiese sobre la faz de la tierra, y que todos los pueblos llegasen á querer dudar de la verdad de su religion. Diderot, por una inconsecuencia que acredita que aun no habia abrazado lo decididamente un partido, censura á los que se levantan contra la religion dominante al mismo tiempo que se empeña en formular objeciones contra el cristianismo. Detesta á los que hacen vano alarde de ateísmo, porque dice que no sienten como hablan; compadece á los verdaderos ateos, porque le parece que para ellos no hay consuelo posible, y ruega á Dios por los escépticos porque carecen de luces. En una *Adicion* á los *Pensamientos filosóficos*, impresa muy posteriormente, se presentó con ideas mucho mas avanzadas. Su *Carta sobre los ciegos*, en 1749, le valió tres meses y medio de prision en Vincennes. Finalmente, su *Interpretacion de la naturaleza* en 1754, contiene principios extravagantes y un extraño sistema de física: aparentando rebatir la opinion del supuesto doctor Bauman á causa de las perniciosas consecuencias que se derivaban de ella, desarrolla esa misma opinion hasta sus últimos límites. Diderot fué uno de los principales colaboradores de la *Enciclopedia*, y no dejó nada que hacer por llevar á cabo esta publicacion é impregnarla en sus ideas irreligiosas. ¡Desgraciado! Desde el escepticismo habia ido descendiendo por la senda resbaladiza de la filosofia hasta el ateísmo, que finalmente profesó, tanto en sus conversaciones como en sus escritos, haciéndose, por último, gefe de una escuela particular que le exaltó con frenético entusiasmo.

El abogado Toussaint, amigo de Diderot, quiso marchar por el mismo camino. Preocupado en otros tiempos con el jansenismo habia compuesto himnos en honor del diácono París, y luego adepto de los filósofos en la época de que hablamos, se propuso trazar un plan de moral universal, independiente de toda creencia religiosa y de todo culto este-